

según el ideal de una probidad acrisolada, de virtud maciza y duradera, como sólo puede serlo la virtud cristiana. Y María, la patrona del colegio, ¿podrá menos de amparar con su sombra maternal las tiernas y preciosas plantas que crecen y se desarrollan con el riego de la piedad en su vergel privilegiado? Ella, pues, por medio de su maravilloso rosario, les infundirá en el pecho, con el anhelo de imitar á Jesucristo, el amor á las hermosas virtudes que han de coronar el edificio de su educación. Cuáles sean éstas, fácilmente lo comprenderéis, si miráis que no hay virtud sobrenatural ni mérito verdadero que no estribe en la base de la humildad, y no se atavie con las galas de la pureza de corazón.

10. ¡La humildad! He ahí la virtud característica de Jesús, *manso y humilde de corazón*: he ahí la joya más preciada de María, *la esclava del Señor*. No temamos alzar la voz en favor de esa virtud pequeña y apocada en la apariencia, delante de las grandezas del siglo que se desdenea aun de nombrarla. *Non erubescio evangelium*, decía el grande Apóstol¹. Y ¿no recordáis la admirable observación del mismo sobre la conducta de Dios en la obra de la salvación del hombre: *Lo más despreciable del mundo escogió Dios para confusión de los grandes y los sabios*²? ¡Oh! ¡qué papel tan importante desempeñaron los humildes pescadores de Galilea, los apóstoles de Cristo! Pequeños sólo en la apariencia, fueron realmente grandes, porque se apoyaron en la fortaleza del Omnipotente. Hablemos, sí, de la humildad en este centro de las luces, porque aquí es precisamente donde más necesaria se hace su pre-

¹ Rom. I, 16.² I Cor. I, 28.

sencia. Porque ella es el contraveneno del orgullo; y es preciso que sepáis, amados jóvenes, que el orgullo es el veneno de la ciencia. Y es también la polilla que la roe y desbarata. «Los sabios, dice el profundo autor antes citado, gustan mucho de ser tenidos y aplaudidos por su saber.» Y ¡ojalá no pasara de necia vanidad esta flaqueza de los sabios! Pero es útil recordar aquí la pintura que de la orgullosa filosofía pagana nos ha dejado un testigo ocular, mayor de toda excepción, San Pablo en su Carta á los Romanos. ¡Qué página tan afrentosa para los infatuados sabios de la antigüedad, egipcios, griegos y romanos de los tiempos más floridos de su historia! Ellos conocieron de Dios lo bastante para glorificarle con la práctica de la religión natural y la moral estampada en la conciencia. ¿Por qué, pues, no le glorificaron? *Non sicut Deum glorificaverunt*?¹ Porque, hinchados con la vanidad de una ciencia que los sublimaba sobre la ignara muchedumbre, desvaneciéronse en sus pensamientos, como Luzbel en su belleza, y llegó á obscurecerse totalmente su corazón insipiente y corrompido: *Obscuratum est insipiens eorum*. Sabios sin costumbres, ¿de qué os sirve llevar la luz en la cabeza, si tenéis el corazón en plena obscuridad? ¡Tornáronse insensatos, y todavía se vanagloriaban de sabios! ¿Qué mayor insensatez y desvarío que adorar á las criaturas en lugar del Criador? ¿qué, ofrecer incienso á vanos simulacros de dioses de quienes anteriormente se mofaban, y autorizar cobardemente la idolatría popular? Alcanzaron, pues, altísimas verdades de religión, filosofía y moral; mas no lo demostraron con sus obras. Al contrario, sus nefandas abominaciones,

¹ Rom. I, 21.

sus iniquidades de todo género, insultando á la naturaleza racional, indujeron á creer que carecían hasta de la noción más elemental de Dios. Hicieron traición á la verdad; *por lo cual Dios justiciero los abandonó á sí mismos*; y ellos, pervertido el criterio moral, se precipitaron en un abismo de ignominia sin nombre. ¡Baldón eterno á la ciencia convertida en pedestal del orgullo! Ya lo veis: la soberbia, tan cruelmente castigada con la más profunda humillación, fué la raíz de todas esas desventuras de la ciencia. Y ¿no palpáis la necesidad de ese poderoso antídoto del orgullo, la humildad cristiana?

11. Pues bien, allí la tenéis, en el humilde rosario de María. Ella hará que penetre en vuestro corazón su delicada esencia, ese aroma divino de que está impregnado Belén y Nazaret, y el Cenáculo y el Calvario, y todos los sitios consagrados con la presencia del Redentor y de su Madre Santísima. ¿Qué efecto no producirá en vosotros la vista atenta del Dios-Hombre, *hecho obediente hasta morir en la cruz*¹, entre dos facinerosos, en el puesto de honor de los ladrones: *Medium autem Iesum*²? Aquí, aquí es donde podréis aprender, jóvenes cristianos, la más elevada enseñanza de virtud que daros pudo la Sabiduría infinita: obedecer á Dios hasta el sacrificio, abatirse la criatura para ensalzar al Criador, anonadarse el hombre para dejar triunfante la verdad. Todo lo contrario de lo que exige el orgullo de los falsos sabios, los cuales *dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt*³. Y ¿quién descubrió al mundo el valor de esa virtud magnánima y sublime? ¿fué acaso Aristóteles ó el divino Platón? No, que apenas la vislumbró

¹ Phil. 2, 8.² Io. 19, 18.³ Rom. 1, 22.

el gran Sócrates, el mártir de la unidad de Dios; pero su verdadero maestro fué Jesús, quien, más que de palabra, la enseñó con el ejemplo de su inmolación en el Calvario.

12. En el rosario de María aprenderéis también, más con el corazón que con la mente, á dibujar en vosotros mismos ese delicado fondo de oro, en que tan hermosa se destaca la ciencia, ese fondo de pureza de corazón y de sentidos que tanto ennoblece al verdadero sabio, á Tomás de Aquino, por ejemplo, aquel ángel no menos de corazón que de entendimiento. ¿Qué alma bien nacida no siente los celestiales atractivos de la virtud que, purificando hasta sus íntimos afectos, la redime de la tiranía ignominiosa del vicio? Acabáis de escuchar de los labios de un testigo irrecusable las funestas consecuencias y podridos frutos del orgullo: de esta raíz brotó la insensatez de corazón, la corrupción espantosa de costumbres que cubrió de infamia á la sabiduría del paganismo, á la vez que gangrenó á todo el cuerpo social, como que no eran mejores los prohombres del pensamiento que el ignorante y supersticioso vulgo. De la humildad cristiana, por un efecto diametralmente contrario, ha brotado siempre en el seno del cristianismo esa admirable integridad de costumbres, esa acendrada corrección de la vida pública y privada, de que tan justamente se gloria la sociedad modelada por la ley del Evangelio, y que es el honor y el encanto de la juventud educada bajo los auspicios de la religión y á la sombra del amparo de María. ¡Qué torrentes de santidad no fluyen de las acciones del Santo de los santos, en las cuales no es dado al ojo de la malicia humana sorprender la mancha más ligera! Fuentes de pureza y de toda virtud son esas dos vidas,

de Jesús y de María, indisolublemente unidas en el panorama del rosario, y puestas delante de nuestros ojos para robar las miradas de nuestro corazón. ¡Ah! dejad á ese corazón de la juventud, naturalmente sensible á los atractivos del bien, que se entusiasme con la belleza absoluta de Jesús y la pureza de María; dejadle que alce el vuelo en pos de esos altísimos ideales, embriagado con la fragancia del unguento de sus excelsas virtudes. *Curremus in odorem unguentorum tuorum*¹.

13. Dejad sí, os diré para concluir, que se apodere de vuestro noble y sensible corazón la pasión más divina y generosa, la única que le puede hacer feliz, el amor más puro entre todos los amores, el que ardía, á manera de volcán, en el pecho del Apóstol de las Gentes, el amor de Cristo Dios; y yo aseguro que este amor, fruto exquisito de la devoción del rosario, os colmará de bienes más valiosos que todos los tesoros de ciencia que os ofrece este célebre establecimiento. Sí, jóvenes alumnos del Colegio del Rosario, es preciso que améis á Jesucristo, pero que le améis con infinita ternura, porque, á la verdad, ¡desventurado el hombre que no le ama! *Si quis non amat Dominum nostrum Iesum Christum, sit anathema*². ¡Ah! ¡no quiera el cielo descargar sobre alguno de vosotros este rayo! Que si algún alumno del Colegio Mayor no amara á Jesucristo, si alguno llegara á ser tan desgraciado que pudiera aborrecerle, ese tal habría degenerado de las nobilísimas tradiciones de esta casa venerable. ¿No es aquí tradicional el amor á la Santísima Virgen, el cariño á *La Bordadita*³, como familiarmente la llaman los

¹ Cant. 1, 3.

² 1 Cor. 16, 22.

³ Cuadro ricamente bordado de la Virgen del Rosario.

alumnos, amor que, en más de una ocasión, ha obrado prodigios de conversión á Dios en almas extraviadas pero generosas?

El amor á la soberana Virgen se encendió aquí desde su misma cuna. La ilustre familia dominicana, á quien fué primero confiado este centro de instrucción superior, fué siempre falange victoriosa en las lides por las glorias de la Madre de Dios, desde que, al clarear el siglo XIII, enarboló Domingo de Guzmán el estandarte del rosario. El clero secular, á cuyas manos pasó más tarde la dirección de este Colegio ¿no ha sido siempre en Colombia lo que hoy es, propugnáculo acérrimo de la devoción á María en todas sus advocaciones? La dirección seglar que en diversas épocas ha gobernado este plantel, y el dignísimo profesorado que tanto lustre ha dado á sus cátedras, ¿no ha sido también en todo tiempo (si exceptuamos alguna época anormal) genuino representante de la idea cristiana y encarnación del espíritu religioso de su fundador? Nada diré de la próspera situación en que hoy se encuentra el Instituto del inmortal Don Fray Cristóbal de Torres, restituído á la altura de sus mejores tiempos, por lo que no dudo se estremecerán de júbilo el día de hoy en el fondo de su sepulcro las cenizas venerandas del Prelado que le dió vida, nombre, pingües rentas y constituciones sapientísimas.

14. Todo, pues, se aduna aquí para proclamar los derechos de María al amor y veneración de sus Colegiales del Rosario, derechos tan inviolables y sagrados que fuera profanación desconocerlos. Por esto me halaga la esperanza de que ninguno de los que hoy llevan el escudo del Colegio Mayor, olvidará jamás á su querida Madre, aun en medio de las vicisitudes á que estará

expuesta su carrera, acaso corta y desdichada, acaso larga y fecunda en gloria y bienestar. Dos recuerdos llevaréis en el alma hasta el sepulcro: dos recuerdos, á cual más delicioso, el del templo y el del claustro: el de la Virgen del Rosario y el de la dulce fraternidad, que, bajo una dirección paternal, habéis saboreado en este hogar bendito. ¡Oh! ¡no olvidéis, pues, á Jesús, fruto del árbol virginal que prestó dulce sombra á vuestra juventud! Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

(predicado en la capilla de las religiosas de la Enseñanza, Bogotá, 1895).

María, Reina de los apóstoles.

In Iacob inhabitat... et in electis meis mitte
radices. Eccli. 24, 13.

1. No es Zaragoza únicamente, ni España, ni la América española, heredera de las glorias de su Madre, quien hoy se regocija con el recuerdo del advenimiento de María, viviente aún en carne mortal, á las márgenes del Ebro, para visitar y esforzar á su querido apóstol, Santiago el Mayor: es la Iglesia entera la que, llena de júbilo y gratitud, se complace en recordar este célebre episodio de su historia allá entre los albores del cristianismo. Y con razón, venerables religiosas de Nuestra Señora; porque, si bien España y las Américas tienen sobrados motivos de gloriarse en el Señor por las singulares prerrogativas con que las distinguió su Madre, la gloriosa Virgen del Pilar, como ciertamente

no honró á todas las naciones¹; también tiene derecho á celebrar este dichoso acontecimiento la Iglesia universal que debió su establecimiento y progresos, después de la gracia de Jesucristo, al celo de los sagrados apóstoles, estimulado y protegido poderosamente por María. Y de esta misma protección ¿qué testimonio más irrefragable que la aparición de Nuestra Señora en el Pilar de Zaragoza?

2. No me detendré, carísimos oyentes, en describir el sobrenatural portento de la traslación de la soberana Virgen desde Jerusalén hasta España, por ministerio de los ángeles, ni trataré de pintaros con muertos colores la gloria de su aparición sobre un trono de nubes refulgentes al venturoso apóstol que á orillas del gran río y en el silencio de estrellada noche, oraba fervorosamente por la conversión de aquellas gentes fieras, hasta entonces refractarias á la luz del Evangelio. El hecho, aunque de carácter sobrenatural y extraordinario, es demasiado notorio por su grandeza misma, y demasiado auténtico por los monumentos en que descansa, para ser fácilmente desmentido por la crítica racionalista; ni puede ser ignorado por los pueblos católicos que tan ardiente amor profesan á la Virgen del Pilar; y mucho menos por la comunidad religiosa que la venera, ha más de un siglo, por patrona. No debiendo, pues, insistir en describirlo, me aplicaré á construir, aunque flaco de fuerzas, sobre la base magnífica del hecho, un nuevo elogio, que no será más que el eco de las mil voces de alabanza que aclaman cada día á la excelsa Virgen Reina de la Iglesia, Madre y abogada del pueblo cristiano, vida y salvación del hombre.

¹ Ps. 147, 20.